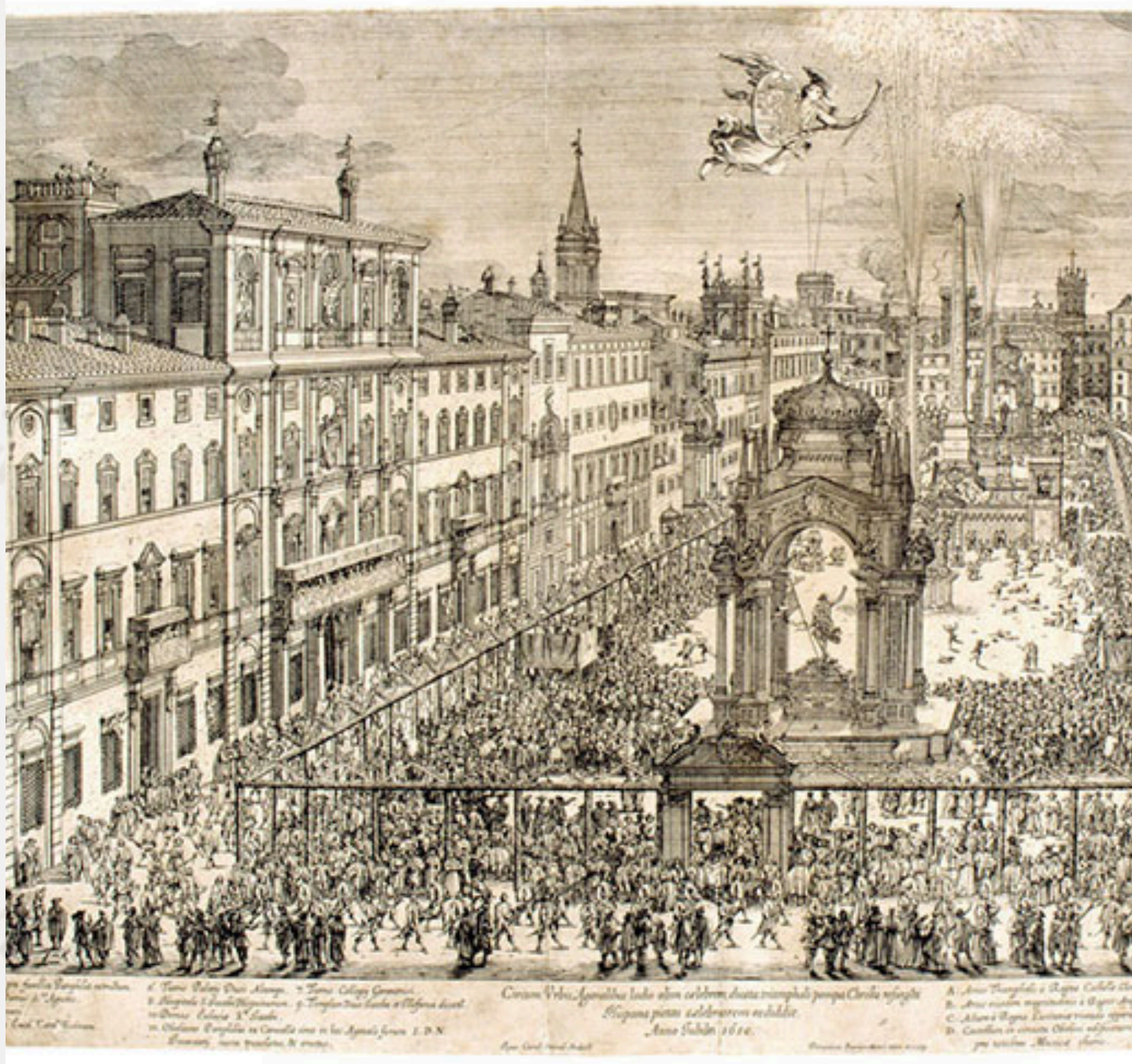


# CEREMONIAL, REPRESENTACIÓN Y ESPACIOS DIPLOMÁTICOS

## LA ESCENIFICACIÓN DEL PODER

La diplomacia de la Edad Moderna fue sostenida por un complejo entramado de relaciones entre diversos centros de poder, que requirió de la activación de múltiples canales. En una sociedad cortesana donde la apariencia desempeñaba un papel central, embajadores, virreyes, gobernadores, obispos y otros agentes acompañaron las negociaciones formales y la firma de tratados con gestos, imágenes y elaboradas escenificaciones destinadas a afirmar su autoridad, y consolidar su posición, proyectando una imagen de legitimidad. Desde esta perspectiva, el ceremonial y la representación pueden entenderse como un conjunto de normas y rituales que regulaban la vida política y que hacían posible la puesta en escena del poder. Estas formas de expresión permitían ordenar jerarquías, delimitar posiciones y hacer visibles las relaciones, tensiones y equilibrios entre los distintos actores políticos y religiosos.



Las fiestas cortesanas, las entradas triunfales, las conmemoraciones de batallas, las celebraciones de paz o los matrimonios dinásticos constituyeron algunos de los principales instrumentos de esta política de representación. A través de ellos, los gobernantes construían y difundían una imagen cuidadosamente elaborada de su mando. En este contexto, los espacios —plazas, palacios, iglesias, sede de tribunales o dársenas de puertos—, eran puestos decisivos desde los que escenificar alianzas y acuerdos. La disposición y la elección no eran arbitrarias. Guiaban la mirada del público y ordenaban en importancia a los participantes, transformando la ciudad en un gran teatro del poder. De este modo, la articulación entre el ceremonial, las prácticas de representación y los espacios elegidos permitió a los soberanos convertir el ejercicio su *auctoritas* en una experiencia visible.